

ESPECTACULOS

CINE
TEATRO
MUSICA

JAZZ
BALLET
VARIEDADES

Intriga para verano

TRAMPA PARA UN HOMBRE SOLO (Piege pour un homme seul). Tres actos de Robert Thomas en traducción de Claudia Madero. Elenco, Teatro de la Ciudad de Montevideo. Dirección, Concepción Zorrilla. Escenografía, Adolfo Halty, realizada por Raúl A. López. Intérpretes: Antonio Larreta, Concepción Zorrilla, Enrique Guarnero, Claudio Solari, Juan Jones, Graciela Gelós. Estrenada en el Odeón, viernes 23.

En los siglos XVIII y XIX eran las heroínas las que se veían acosadas por maridos poderosos y siniestros que las tenían en sus garras y que por una herencia o un secreto estaban dispuestos a torturarlas infinitamente, a volverlas locas. Desde *Los Misterios de Udolpho* a *La luz que agoniza*, pasando por *La dama de blanco*, esos prototipos se impusieron a la imaginación de grandes masas de lectores y fundaron una tradición del melodrama. En nuestro siglo del matriarcado universal, la situación se ha invertido y hoy es el hombre quien está solo y acosado por una mujer todopoderosa, como lo demuestra hasta el absurdo la superficie de *Trampa para un hombre solo*. Aquí Antonio Larreta espera sin esperanza a su mujer que lo ha abandonado a los pocos meses de casado. El comisario de policía (Claudio Solari) le exhorta a tener paciencia; un curita oficioso (Juan Jones) intercede y le trae a la esposa arrepentida. Pero cuando Concepción Zorrilla entra en escena, el protagonista se niega a reconocerla como su mujer y la acusa de impostora. Lo malo es que mientras ella puede probar con pasaportes, libreta de matrimonio y hasta una fresca memoria su identidad, él (agitado, histérico, acoosado) no puede probar su negativa.

Pronto se siente en manos de esta mujer implacable y de sus cómplices. A lo largo de tres actos, Robert Thomas va estrechando el cerco en torno del protagonista, hace nacer esperanzas, un par de testigos importantes aparecen y desaparecen aportando más confusión, hasta que el espectador (y no sólo el protagonista) se encuentra atrapado y perplejo. La solución cae como un rayo y aporta mucho alivio. Pero no conviene revelarla para no estropear la segura diversión.

Como tema policial, la obra debe mucho a una vieja película de Humphrey Bogart, con Alexis Smith y Sidney Greenstreet, cuyo título habrá que reservarse por ahora. Había allí también un marido muy perplejo por la desaparición de su mujer y muy acosado por señales de su presencia oculta. Otra película británica más reciente (de 1957) plantea una situación similar, aunque la acosada es en este caso Anne Baxter. El mérito de Thomas no está por cierto en la originalidad de su planteo ni en la invención de las bruscas peripecias (doble salto mortal sin red) con que concluye la pie-



za. Su mérito está en mantener intrigado al espectador sin darle tiempo de pensar ni descansar.

Concepción Zorrilla entendió muy bien esta necesidad de la pieza y la dirigió con un ritmo creciente. Es cierto que el primer acto se hizo algo lento a través de la repetida exposición de antecedentes. Pero a partir del final de ese acto (con la sonrisa siniestra de la esposa que cubre como viscoso manto al hombre acosado), la obra asentó su ritmo. El acto segundo fue de gran virtuosismo de acción, con un brillante Enrique Guarnero en el jugoso papel de vagabundo que se dice pintor. Fue el suyo el trabajo más llamativo de la noche, y el veterano actor lo bordó con tics cómicos que son de su particular invención.

La obra funciona por el impecable ajuste de sus intérpretes. En el crucial papel de esposa, Concepción Zorrilla dominó con su cómica frialdad y cinismo la escena; Claudio Solari marcó muy bien los dos niveles (el rutinario, el lúcido) de su inspector; Juan Jones estuvo muy inspirado como curita altamente sospechoso; Graciela Gelós dió el azoramiento de la enfermera pero se

extravió un poco en la parte más sórdida del personaje. En cuanto a Larreta le tocó el ingratisimo papel de marido atrapado. Atacó con bravura el personaje y a medida que la obra se enloquece, consiguió acentos más sinceros. Pero es un papel realmente irredimible. Todos los trucos de la febricitante imaginación de Thomas inciden sobre él. Por la incoherencia aparente de su trazado, por su debilidad, el personaje acaba por enajenarse al espectador y de nada sirve que al fin todo se aclare. Ya es tarde para el actor.

La obra es estrictamente comercial y marca el punto dramáticamente más bajo del repertorio del TCM. A su lado, *La pulga en la oreja* y *Una farsa en el castillo* parecen los *Diálogos* de Platón. Es cierto que el TCM ya anuncia la reposición de *La gaviota*, cosa de restablecer el equilibrio, y que hay muy buenas razones económicas para hacer en verano obras veraniegas. Pero tal vez hubiera sido posible elegir una obra que además de divertida e intrigante (como ésta sin duda alguna lo es) tuviera cierta calidad literaria. Los admiradores del TCM se lo habrían agradecido. — E.R.M.